

Literatura mexicana del otro fin de siglo, Rafael Olea Franco, editor. Cátedra Jaime Torres Bodet. Serie Literatura Mexicana, 6. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2001.

MARIANA OZUNA CASTAÑEDA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

LA PUBLICACIÓN de los trabajos del *Coloquio Internacional Literatura Mexicana del Otro Fin de Siglo*, celebrado en el año 2000, resulta ser más que la edición acostumbrada de las memorias de un acto académico que busca evitar el olvido. Las cuarenta y ocho participaciones de especialistas, divididas alrededor de trece temas, proporcionan un diagnóstico acerca de los estudios que de la literatura mexicana de fines del siglo XIX se realizan actualmente, al mismo tiempo que sientan un precedente, o mejor dicho un antecedente fundamental. Su lectura nos invita a reflexionar por lo menos en tres sentidos: el estado de la crítica literaria actual, sus preocupaciones, las líneas de investigación utilizadas, y, como columna vertebral de la memoria, la revisión de la crítica precedente.

En el ocaso del siglo XX, la mirada hacia el comienzo de una nueva centuria nos mueve a la reflexión de conceptos, de quehaceres. “La comprobación de que la frase ‘el siglo pasado’, con la cual solíamos designar con certeza el siglo XIX, pronto dejaría de ser funcional e incluso se convertiría en una referencia ambigua”¹, afirma Rafael Olea, hace que el coloquio y la publicación de estas memorias suscite ánimo entre los estudiosos. El “diecinueve” deja de ser percibido como el pasado inmediato de México, entra a formar parte de su pasado lejano, cuestión que ofrece a la crítica la ventaja de la perspectiva a distancia. Por un lado, distancia sobre

¹ Rafael Olea Franco, “Prólogo: Desde otro siglo pasado”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. 11.

el siglo mismo, y, por otro, distancia sobre lo que de él se ha dicho y escrito.

El apartado dedicado al modernismo reúne cuatro aproximaciones a este movimiento. Vicente Quirarte muestra el entorno y lecturas en que se volcaron las aspiraciones y la creación de poetas como Amado Nervo, José Juan Tablada, narradores como Bernardo Couto Castillo, Ciro B. Ceballos, o Federico Gamboa. Se entrecruzan textos como *El bar*, de Rubén M. Campos, la obra de Charles Baudelaire, Guy de Maupassant y Edgar Allan Poe, se aprecia el uso de los aportes de la historia cultural respecto al impacto social del alcohol, el ajeno y las drogas.

La figura de José Juan Tablada es abordada por Christina Karageorgou-Bastea, para quien la obra crítica de Tablada esclarece la necesidad que tuvo el poeta de proclamarse decadente; y encuentra que su aproximación al cuerpo es la forma de generar tensión “ante la descomposición social y económica del Porfiriato”(46). Su obra no es una fuga, muy al contrario, es una participación y contribución estética entendidas como fuerza subversiva. En torno a la crítica sobre el decadentismo, “La blanca lápida de nuestras creencias’: notas sobre el decadentismo mexicano”, de Ana Laura Zavala Díaz, contribuye con un seguimiento de investigación hemerográfica para dilucidar la mecánica reinante entre el progreso social y la necesidad de dar nombre a una nueva forma de escritura literaria, desprendida de la lectura de autores decadentes europeos. Para obtener una visión más completa sobre el modernismo mexicano y sus protagonistas, es indispensable la búsqueda y edición crítica no sólo de sus obras de creación, sino de los textos en los que se autodefinen; éste es el centro del trabajo de Belem Clark de Lara “Una crónica de las polémicas modernistas”, que ubica en el tiempo el suceder de las opiniones encontradas, tejidas con el acontecer social e ideológico de un momento de cambio: la modernidad en Hispanoamérica.

Dentro de las reflexiones sobre obra poética destacan tres trabajos notables: “Díaz Mirón: ¿poeta de fronteras?”, de Iván A. Schulman; “Sentimentalidad y género: notas para una lectura de Nervo”, de Sylvia Molloy; y “Mazatlán 1892-1894, un capítulo olvidado en la obra de Nervo” de

Gustavo Jiménez Aguirre. Une a estos textos un afán revisionista de la obra de ambos autores. La obra de Díaz Mirón merece para Schulman ser despojada de la crítica común que lo ha colocado como autor de frontera con el modernismo. Mediante un minucioso trabajo de relectura y análisis de la obra díazmironiana, Schulman considera la obra en su totalidad —prosa y poesía— y no a la luz de periodizaciones que fragmentan lo que es un *continuum*. Al proponer esta nueva aproximación a Díaz Mirón, el autor remueve lo dicho acerca del modernismo y establece que es éste un proceso, un devenir y no algo hecho, no un cortar con la tradición, cuanto una renovación. Respecto a Nervo, Sylvia Molloy revisa la construcción del público de su época. El autor se vale de una autofiguración en su poesía para acercarse a sus lectoras. Nervo se apropia de la sentimentalidad femenina —que no es la de las mujeres, sino la que les hace falta— en un momento de cambios y transgresiones; esta apropiación resulta ser un gesto liberador. El nuevo aire que sopla desde hace tiempo sobre las páginas de Amado Nervo tiene en Gustavo Jiménez a un indagador incansable de la obra y vida del poeta. La conformación de *Perlas negras* lleva al autor hacia los días en que Nervo vivió y escribió en Mazatlán; un capítulo que esclarece la genealogía de uno de sus primeros libros de poemas. Gracias a una investigación cuidadosa y puntual apoyada fundamentalmente en periódicos de la época, este trabajo es una muestra del perfil del crítico encargado de aportar nuevos datos y revisar la crítica.

La narrativa breve agrupa cinco textos también con ánimo de revisión crítica. “La escritura y el mal en ‘La hija del aire’ de Manuel Gutiérrez Nájera”, de Aníbal González apela a una articulación doble de este texto najeriano: crónica y cuento. Para el autor el cuento encierra la idea que de la literatura y del creador tenía Gutiérrez Nájera, su lectura encuentra símbolos, cuya interpretación se dirige hacia la relación entre la escritura y el mal. Destaca la reflexión de Martha Elena Munguía Zatarain, “*Cuentos del general y Noche al raso*. La fundación de una poética del cuento mexicano”, que pone el dedo en la llaga respecto a los parámetros errados que la crítica ha empleado para hacer juicio del cuento

mexicano decimonónico. Su texto arroja luz sobre los presupuestos y parte de una crítica que incorpore el horizonte —tanto literario como social— del creador para valorar las particularidades en el desarrollo de un género. Lourdes Franco en “Tientas a la narrativa breve de Rafael Delgado” hace énfasis en la necesidad de aproximarse a la obra breve de uno de los mejores novelistas de ese siglo, en cuya obra se encuentran las ideas estéticas de Poe sobre el género; fundamental es la apreciación de Franco sobre la imposibilidad de clasificar a un narrador eminentemente ecléctico. “Un acercamiento a la cuentística de Alberto Leduc” de Blanca Estela Treviño nos allega a la estructura de los cuentos que muestran al autor como un consistente y desarrollado escritor; sus narraciones contienen dos historias, la superficial y la profunda que cobra sentido mediante una mirada retrospectiva una vez leído el final. El último trabajo de este apartado está dedicado a la revisión: “Entre dos siglos: la antología de Bernardo Ortiz de Montellano” de Jaime Erasto Cortés, su reflexión se centra en la labor de antologista de Ortiz de Montellano, ya que estableció en su antología varios principios: el pasado como referencia para su presente, la valoración de sus contemporáneos que anuncian el futuro, y la divulgación como finalidad de una antología.

Bajo el apartado “Novelistas” conviven Luis G. Inclán, Emilio Rabasa, Federico Gamboa, Mariano Azuela y Victoriano Salado Álvarez. Manuel Sol recorre *Astucia* recogiendo las expresiones del habla de los personajes, en las que cifra parte del éxito de la obra. En “*La gran ciencia*, Emilio Rabasa y el credo positivista”, María Rosa Palazón y Columba Galván Gaytán proponen una lectura que revele aquello de lo que nos habla el texto, en este caso de la visión fragmentada de Rabasa respecto a los alzamientos o bolas, hija del credo positivista de la época, de tal forma que éste sólo permite a Rabasa apreciar a cabalidad la corrupción y el juego político y despreciar las razones de los marginados que se contraponen con el orden y progreso porfiristas. Josefina Ludmer ve en *Santa* una ficción que relaciona cultura y estado liberal, donde el personaje se encuentra entrampado por su genealogía y el medio, de cuya interacción surge en este caso el lado oscuro del Estado liberal. El

trabajo de Edith Negrín “El laboratorio de Mariano Azuela a propósito de *María Luisa*”, indaga sobre los orígenes de esta novela, y los encuentra en “Impresiones de un estudiante”, mostrando así la evolución del novelista. Alberto Vital reflexiona acerca de la percepción que de un momento histórico tuvieron dos novelistas: Azuela y Salado Álvarez; el primero hizo énfasis en el desgarramiento social, mientras que *Episodios nacionales mexicanos* comprende la historia nacional como un continuo y natural devenir que culmina con Porfirio Díaz.

A la novela histórica se consagran dos trabajos: “De la periferia al centro: *Los mártires del Anáhuac* de Eligio Ancona”, de Leticia Algaba, quien mediante una visión global de la obra de Ancona considera que la elaboración de la unidad nacional para este autor se da en un movimiento de comprensión a partir de la Península para luego señalar la filiación entre ésta y México como resultado de una misma historia; y “La historia como novela: Ireneo Paz y Victoriano Salado Álvarez”, de Antonia Pi-Suñer. Este segundo trabajo emprende su análisis sobre el blando terreno que media entre el quehacer del historiador y el del novelista; a la luz de sus reflexiones, Paz hace historia novelada, en tanto que en Salado Álvarez es más fuerte la vena novelística.

Las obras de Heriberto Frías y de Manuel Payno gozan de sendos apartados. Adriana Sandoval encuentra que *Tomóchic* sigue el plan de realización de *La débâcle* de Zola, hecho que modifica el panorama que sobre la concepción de la obra mexicana se tenía; Catherine Raffi-Béroud analiza la convivencia o preponderancia de los estilos periodístico y novelesco en tres obras de Frías para dar a conocer parte de su carácter moderno, al que poco se ha atendido. Yliana Rodríguez González estudia las correspondencias entre *Tomóchic* y *La Rumba* respecto a la configuración, tratamiento y significado entre lo interno y lo externo en ambas novelas, esta construcción binaria genera un espacio cargado ideológicamente con signos negativos. Marlène Schmitt se dedica en su trabajo a contraponer las ediciones de *El fístol del diablo* en las que la autora encuentra una revisión por Payno en respuesta a un nuevo público y a las nuevas exigencias del realismo. Ignacio Díaz Ruiz exalta la exactitud con

que Payno, en *Los bandidos de Río Frío*, describe las costumbres alimenticias de los diversos paladares de la sociedad; a la luz de ideas como civilización, urbanidad y civilidad, este aspecto de la obra nos acerca hacia lo tradicional y particular en la búsqueda de la patria. Los trabajos de María Teresa Solórzano y Anne Staples comparten la opinión de Díaz Ruiz. Solórzano considera las obras de Payno como una solución estética a la heterogeneidad sociocultural del país; mientras Staples se aventura con tiento y firmeza a proponer *Los bandidos...* como fuente para la historia de México, fundando su confiabilidad en que hay consistencia entre los documentos y la narración; la obra de Payno representa una pieza clave para comprender el clima político y social de México. Lo que escribe Payno no es historia sino “parahistoria” (352).

La crónica como género estuvo representada por dos figuras: Rubén M. Campos y Luis G. Urbina. Antonio Saborit toma *El bar* de Rubén M. Campos para señalar que esta obra permite al estudioso adentrarse en los espacios físicos y emocionales de creación de los modernistas. Serge I. Zaitzeff hace un seguimiento por la carrera de cronista que realizara el guanajuatense en diversos diarios y en especial en *La Patria*. De Campos destaca su apreciación musical, su acierto para mirar hacia la realidad mundial y ser un observador culto del acontecer en la ciudad de México. Miguel Ángel Castro muestra en su trabajo la pasión que le provocan los cronistas decimonónicos, en este caso la figura de Luis G. Urbina en *El Mundo Ilustrado*, de donde surgen los textos que configuran dos colecciones que reflejan el rostro doble de México, uno sonríe mientras el otro llora. Manuel José Othón es menos conocido como autor teatral. Dos monólogos suyos: *Viniendo de picos pardos* y *A las puertas de la vida*, comedia y melodrama respectivamente, fueron estudiados por Eduardo Contreras. Para el especialista, el primero goza de mejor salud, tando desde el punto de vista escénico como para el espectador; mientras que el segundo tiene un desequilibrio entre situación y lenguaje que la hace pieza para filólogos e historiadores.

La cultura popular y tradicional es revisada desde varios ángulos. Laura Solares nos informa sobre el eminente lugar que en la vida cotidiana

na tenían los calendarios de Mariano Galván para el pueblo llano: esparcimiento e información. Los calendarios quedan como fuente necesaria para trazar los ejes de los hábitos de lectura y la circulación de las ideas entre el pueblo. Claudia Avilés Hernández muestra cómo las décimas y glosas populares dan testimonio de la percepción que de Santa Anna tuvo el pueblo; gracias a la inclusión prolija de ejemplos, el lector comprende las diversas formas en las que el humor se manifiesta, ya burlón, ya cáustico o irreverente. Antonio Vanegas Arroyo, debido a su labor como impresor, es considerado por Elisa Speckman como promotor de pautas de conducta y de un código de valores. Sin la exaltación de las normas y los castigos que surgen ante la amenaza de nuevas formas, sería imposible acceder a los códigos de valores que hombres y mujeres debían seguir en aquel tiempo. Aurelio González también reflexiona sobre los corridos publicados por Vanegas Arroyo, en los que encuentra la continuidad de la labor informativa que, desde sus orígenes tuvo. Hace evidente la forma en la que algunos personajes o narraciones pasan a formar parte de la colectividad mientras otros tienen una vida efímera. E. Fernando Nava cierra este apartado acercándonos a una pastorela en lengua p'orhepecha; su estudio de corte antropológico resalta la publicación de una obra en lengua indígena, en la que, además, se pueden reconocer tanto las aportaciones de las concepciones indígenas, como el grado de asimilación de las costumbres españolas.

Corresponde a Alejandro Rivas y Rafael Olea realizar el deslinde entre la leyenda y la ficción. Rivas persigue las "apariciones" de la anécdota de don Juan Manuel desde 1835 hasta el siglo XX; los textos incluyen en ocasiones la leyenda y las pruebas históricas de la existencia de don Juan Manuel. Sin decirlo explícitamente, este trabajo muestra cómo a fuerza de reelaboración e historicidad de la propia leyenda, el verdadero don Juan Manuel es, junto al personaje legendario, otra leyenda. Rafael Olea toma a su cargo el proceso que hace de la leyenda, fuente que conduce al cuento fantástico en el caso de Roa Bárcena; Olea detecta cómo operan los mecanismos de la lógica de la conjunción y la de la disyunción, para el éxito o el fracaso de los cuentos denominados fantásticos.

La voz femenina en el siglo XIX tiene en la mayoría de las intervenciones de "Discurso de la feminidad y del amor", ánimo reivindicativo. Esther Hernández Palacios pone de relieve la superioridad moral y la función primordial de la mujer como *ángel del hogar* en la construcción nacional ya fuera desde la *diferencia* o desde la *igualdad*, resonando, desde temprano, la percepción sensual de la mujer que se hace sólida e inegable en el siglo XX. Yvette Jiménez de Báez valora con justicia la sencillez de la poesía de María Enriqueta Camarillo, sonoridad y paisajismo plástico emergen de su lira con naturalidad. Ana Rosa Domenella rescata la escritura femenina en *El espejo de Amarilis*, de Laura Méndez de Cuenca. En la obra están presentes signos de diálogo con Stendhal y Lope de Vega, la estudiosa hace patente la convivencia de múltiples escuelas literarias en esta novela, cuya nueva edición se hace necesaria para su difusión y crítica. Las 137 cartas del epistolario amoroso de Vicente Riva Palacio con Josefina Bros, son, para Esther Martínez Luna, objeto de reflexión acerca de los primeros ejercicios poéticos del general y punto clave sobre los usos amorosos de una época entre jóvenes pertenecientes a una clase media acomodada. Martínez Luna pone el énfasis en el sitio privilegiado de la escritura epistolar para la conformación del cortejo y el imaginario amoroso de esa juventud, así como también en el retrato interior del joven Riva Palacio.

En el apartado "Impresores y revistas", Laura Suárez de la Torre deja claro que el estudio de las casas editoriales va de la mano con los hábitos de lectura, la circulación de ideas, la creación de públicos, la publicación de obras nacionales, las nuevas tecnologías y los intereses mercantiles e ideológicos de los impresores. Pilar Mandujano atiende al estudio de la vida de la *Revista Moderna* en su dos épocas, frente a las connotadas *Revista Azul* y *Revista de América*; señala que la primera tuvo vida más larga y dio solidez y representación al movimiento modernista. La participación de Blanca Rodríguez a propósito de *La Lira Chihuahuense*, recuerda la incesante comunicación que entre escritores y editores reinó en la centuria antepasada; en su trabajo establece claramente que esta revista no es sólo chihuahuense, sino que pertenece a la historia de la

literatura mexicana y, como otras, resulta indispensable para aspirar al conocimiento de un panorama completo del quehacer literario mexicano en el siglo XIX.

De especial importancia por el entrecruzamiento de ideas, tradición literaria e historia nacional: reflexión de los autores sobre su momento y prospección, resulta el apartado "Discusión de las ideas" donde participan Pablo Mora, John Skirius, Leonardo Martínez Carrizales y Fernando Curiel. El resurgimiento del catolicismo como parte fundamental de la restauración de la nación de 1830 a 1850 preocupa a Mora, y lo lleva a indagar las fuentes librescas que mantuvieron la llama de la religión encendida en algunos escritores. Gracias a una consistente y aguda revisión de las influencias francesas, Mora explica las motivaciones que llevaron a un grupo a proponer la monarquía como proyecto nacional, despreciándose los móviles mezquinos que ha explotado la versión liberal de la historia nacional. John Skirius aborda los ensayos de Ignacio Ramírez para reconstruir la visión que de los franceses conforma la mordaz y atinada mano del Nigromante; el saldo es un poderoso manejo de la lengua que impresiona y seduce al lector hacia su punto de vista. El trabajo de Leonardo Martínez Carrizales nos coloca de cara a la justificación de la crítica literaria como era concebida por Manuel Gustavo Revilla: la crítica literaria sólo tiene sentido en tanto se articula con la pedagogía; el gozne entre ambos ejercicios es el crítico-profesor, guía especializado en un terreno que requiere del juicio experto. Como profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, la pertinencia de las reflexiones de Revilla a la luz de la situación educativa nacional cobra nuevo sentido, tanto la lectura de los clásicos latinos y griegos, como el estudio y dominio de la lengua a través de las obras constituye el capital con el que aquellas generaciones educadas por Revilla, y otros como él, emprendieron los retos de un México desgarrado. Cierra el volumen la reflexión sobre tres pequeñas revueltas estudiantiles a propósito de sendas propuestas de homenaje al Duque Job, Gabino Barreda y los próceres de la Independencia (Miguel Hidalgo, José María Morelos, Josefa Ortiz, y otros). Claves son las fechas de los sucesos: 1907 y 1908, aunque más

significativas son las consecuencias literarias y culturales, signos de malestar social, y de viraje en cuanto al ejercicio literario, anuncio, profecía, síntomas de un siglo que concluye, señala Fernando Curiel.

Destaca en esta Memoria el rigor de los trabajos expuestos. Ante el abanico enorme en que se abre el siglo XIX, ante los múltiples rostros de los escritores y escritoras —hombres públicos, privados, traductores, actores políticos, voceros de un proyecto—, los críticos que concurren en esta edición ven la necesidad de continuar el rescate, la edición crítica, la revisión de lo que se ha dicho y la urgencia de decir algo más, y ese afán de pulcro rigor atemoriza probablemente la empresa de edificar una historia crítica de la literatura mexicana. No obstante esta deuda, paradójicamente, *Literatura mexicana del otro fin del siglo* es ya una piedra sólida en el edificio de la crítica literaria mexicana en la aurora del siglo XXI.